

Iglesia, Mezquita, Sinagoga, Pagoda, etc., según la religión a que está destinado; así, para la parte elevada y amurallada de una ciudad, tenemos Acrópolis, Alcazaba, Ciudadela, etc., como para ciertas altas y prismáticas construcciones, Torre, Minarete, Campanil... Habrá que ser, sin embargo, prudentemente respetuoso con este polimorfismo verbal, que nos recuerda aspectos típicos y originales de un mismo tema.

En cambio, tropezaremos con una variedad de localismos pintorescos, difíciles de coordinar internacionalmente, a veces ni nacionalmente, para designar voces de oficio, enanoscados elementos constructivos, labores diarias del taller o de la obra. Para integrar este vocabulario complementario habrá que acudir eclécticamente a diversos expedientes, que para cada familia de voces habrá que apreciar debidamente.

Los muros, por ejemplo, que en todos los países reciben nombres diversos, y no muy precisos, según su espesor, lastará denominarlos por su grueso en centímetros para que su expresión numérica o verbal sea internacionalmente tan comprensible como el sistema métrico decimal mismo. Los perfiles de las molduras, con caprichosos apelativos, según su forma, pueden recibir los de su línea geométrica determinante, normalmente internacional. Las piezas de una armadura de cubierta, con nombres curiosos de difícil unificación en cada país, cuando no baste asignarles el nú-

mero correspondiente del dibujo de su forma, se las podrá nombrar sistemáticamente por su función, colocación o figura, mediante voces internacionalmente radicadas. Anotemos más concretamente este ejemplo con algunos de los nombres que reciben los principales elementos en varios idiomas y los que pueden adoptarse internacionalmente por figurar sus radicales en las lenguas más conocidas.

A pesar de mis esfuerzos, no tengo la pretensión de haber logrado una perfección definitiva en este primer vocabulario internacional de la Arquitectura, que ofrecemos a nuestros profesionales de los distintos países civilizados. Hay, aparte de mis limitaciones personales, un aspecto que casi lo impide: la Arquitectura es un arte tan social, abarca tan amplio campo, que su vocabulario no es fácilmente limitable, y, aun habiendo encajado voces de las artes anejas, y de la Mitología, tan usada en las alegorías de las artes plásticas, no estoy seguro de haber agotado las palabras que nos son necesarias. Nunca se agotarán: la Arquitectura es una disciplina viva y cada día la técnica y el arte pueden aportarle, y le aportan, nuevos elementos, y con ellos nuevas voces, que los catálogos y Memorias divulgan y que a veces desaparecen, pero a veces subsisten y cuajan.

Más si el camino que desbrozamos cumple una finalidad útil, sin más que discurrir por él unos y otros, irá adquiriendo consistencia y formas definitivas.

DON ANÍBAL GONZÁLEZ Y ALVAREZ-OSSORIO

A las manifestaciones de duelo hechas ante la muerte de D. Aníbal González por la Prensa de toda España y por el pueblo de Sevilla muy especialmente, se une aquí la nuestra, la de sus compañeros de profesión. Lo inesperado del acontecimiento nos encuentra sin los datos gráficos (planos, fotografías de obras, etc.) que constituirían por sí mismos la papeleta más fiel de sus merecimientos. El pueblo le conoce por sus trabajos en la Exposición de Sevilla. Esto ha labrado su fama aquí y fuera de aquí. Pero es indudable que a obras de tal empuje y de tan definido carácter no se llega sino después de largos tanteos y ensayos que sabrá recoger y analizar la Historia.

De momento recordamos como obras suyas, además de los Palacios de la Exposición Iberoamericana, los levantados en Sevilla para los Sres. Rodríguez de la Borbolla, Sanz, Marqués de Aracena y Luca de Tena, las escuelas de la Reina Victoria y la capilla de los Jesuitas. En Madrid, se debe a su lápiz la fachada nueva de "A B C" y "Blanco y Negro", que da a la Castellana.

Don Aníbal González nació en Sevilla el 10 de junio de 1876. Cursó en la Escuela Superior de Arquitectura, obteniendo el título en noviembre de 1902. Salió, pues, de la Escuela cuando se dejaba sentir en el círculo profesional la pasión por la arquitectura histórica, local, regional, a la que tanto contribuyó con su saber D. Vicente Lampérez y Romea. Parece que por entonces recorrió Aníbal González toda la Península, conociendo directamente sus monumentos, y lo que es más difícil, el secreto regional en sus obras más humildes. Pero su apego definitivo fué para Sevilla, para su región. Por esto se le podrá conocer siempre como representativo de ella. Sus construcciones son inequívocas: sevillanas y de la primera mitad del siglo xx. No presentan elementos formales ajenos al ambiente. Todo es de casa y familiar a los ojos.

Aníbal González había recibido ya diversas condecoraciones y distinciones. Contaba con la Cruz de Alfonso XII, fué nombrado hijo predilecto de Sevilla y ostentaba la medalla de oro de esta ciudad por acuerdo del Ayuntamiento, en premio a sus trabajos de la Exposición.